

EMILIANO CAMPUZANO

PREGUNTAS FRECUENTES



Nova Casa Editorial



A NADINE



CAPÍTULO

1

Sin importar lo que Samantha August te pueda contar, el apocalipsis zombi comenzó como cualquier otro día.

Era lunes por la mañana y yo era nuevo en la ciudad. Caminé un poco nervioso a través de los helados pasillos de mi nueva escuela hacia mi primer día de mi último año de preparatoria, traía una sudadera delgada y un par de *jeans* rasgados que no ayudaban, pero para nada a mantener mi temperatura corporal, entre los escalofríos noté que seguía medio dormido. Tenía que llegar al salón 405 y aunque me dolían un poco las articulaciones por el viento, caminé tan rápido como pude para hacer más corto el rato largo que me esperaba.

Al llegar al salón, no me encontré con nada nuevo, todos tenían ya su grupo de amigos y esos grupos estaban dispersos a través de la habitación y en el pasillo gélido; entré haciéndome paso entre la multitud y dejé la mochila sin pensarlo mucho en el último escritorio al fondo a la derecha, junto a la ventana. Me senté.

Miré alrededor de mí para analizar a los que serían mis compañeros durante los siguientes doce meses, de nuevo, nada sorprendente; los chicos ricos conversaban con las chicas lindas y me llamó la atención en especial un niño mimado que traía un cinturón de unos quinientos euros y unos zapatos marinos que seguramente costaban más que toda mi ropa junta, presumía de su viaje a Mónaco y estaba con otros tres chicos y dos chicas guapísimas que no lucían para nada tan prepotentes como él.

No tardé en poner los ojos en blanco y pronto sentí su mirada colectiva de vuelta, solo que un poco menos cordial, si es que la mía lo era de ese modo, soltaron una risa tonta y mejor volteé por la ventana para evitar conflictos; allí me encontré otros tantos grupos del mismo tipo de personas y sin querer me preocupé que quizá, para variar, no encajaría de nuevo para nada.

Me pasé mirando a mis compañeros por un par de segundos cuando, de pronto, no pude hacerlo más y una voz, dos partes dulces y una ronca, invadió mi cabeza por mi lado izquierdo; la razón por la que esta historia existe llegó en ese momento.

—Va a ser un largo año, ¿no?

—Parece ser que sí —volteé solo para encontrarme con una chica que... Bueno, a primera vista no parecía chica en lo absoluto, tenía el cabello más corto que el mío, del mismo tono de negro y sin maquillaje a excepción de un Gloss con brillantina que traía en los labios; no era convencionalmente femenina y, si no me equivoco, traíamos puesta la misma sudadera.

—Sí, suelo causar esa primera impresión —respondió riendo, me imagino que mi expresión fue tal que tuvo que romper el hielo de esa manera.

—Lo siento —quise disculparme, pero me arrepentí momento seguido al pensar que eso admitía que pensé lo que ella ya sabía y eso que ella sabía, no era nada educado.

—No tienes que —volvió a reír.

La chica dejó su mochila en el asiento de enfrente y sacó de ella una gorra de lana roja, se la puso encima y me sonrió. Definitivamente era rara, pero yo también lo era y entonces, algo hizo clic.

—Soy Sam, no Samantha, solo Sam; Sam August —dijo, sentándose en mi escritorio—. ¿Y tú?

—Jace, Jace Griffin —contesté un poco más cómodo.

—¿Y la K? ¿Qué significa? Jace K. Griffin —preguntó, acomodándose su poco cabello debajo de la gorra.

—¿Cómo demonios...? —pregunté sorprendido.

—Soy bruja, na, broma; está en tu mochila, Jace K. Griffin —bromeó y me miró.

—No es nada —respondí un poco cerrado.

—Anda, dime tu nombre. No se lo diré a nadie, además, no es como que nadie aquí fuera de mí se muera por saberlo —dijo, tenía razón.

—Katherine —contesté.

—¿Eso no es nombre de chica? —rio y me enfadé un poco.

—No, no lo es —respondí; sí lo era.

—Claro que lo es, pero es lindo, me gusta, Kate —dijo Sam.

—No me digas Kate.

—No hay vuelta atrás, Kate —rio y se bajó de mi escritorio.

Quizá era coincidencia, pero mi nombre no sonaba tan mal en su voz y por un momento, no lo odié tanto. Mi primera clase de ese semestre fue Álgebra y mi profesor fue Max, una especie de «prodigio» (según él) de veintisiete años que veía a las chicas cuando pasaban al pizarrón y quería ser amigo de los chicos «cool» haciéndoles chistes malísimos; lo analicé y al valorar la situación, me dediqué a pasar notitas de papel con Sam y nos decíamos realmente nada, a veces volteaba echando la cabeza para atrás para sonreírme.

La siguiente clase fue Francés y luego Literatura; me dormí en Literatura y antes de que sonara la campana, Sam me despertó.

—Te dejaría dormir, pero es el primer día y, como en un apocalipsis zombi, es mejor permanecer juntos —dijo Sam y yo reí un poco—. ¡Venga, despierta!

—Voy, voy —dije aún dormitando.

—Ten, ponte mi bufanda, acabas de despertar —me dijo Sam dándome una bufanda de su mochila que al parecer tenía todo menos cuadernos y una pluma.

—Gracias, pero no es...

—Sí, pónstela, Kate —rio y se paró en el marco de la puerta.

—No me digas Kate —hablé en voz baja.

Salí con ella del salón y bajamos los tres pisos para llegar a la base del inmenso campus y, con eso, con otros cientos de chicos y chicas, la mayoría cayendo en el estereotipo que había analizado previamente.

—¿No crees que criticarlos sin ni siquiera saber su nombre te hace igual de superficial que ellos? —dijo Sam, distraída.

—No —contesté, un poco extrañado, nunca me lo había planteado así.

—Perdón —volteó a verme mientras caminábamos a la cafetería—. A veces no filtro lo que digo, solo sale y ya...

—Sí, ya vi; no te preocupes —respondí, abrazándome, me dolieron los dedos de las manos por el viento.

Cruzamos el campo de fútbol americano, el de básquetbol y llegamos, finalmente, a la cafetería que, por el frío, se encontraba a reventar.

—Ni siquiera tengo hambre —dijo Sam—. ¿Y tú?

—No, tampoco —respondí.

—Ven, ahí hay un lugar —dijo la chica caminando a una mesa ya ocupada.

—Creo que ya está ocupa...

Sam se sentó sin preguntar y solo se le quedó mirando a la bola de chicos junto a ella, no pasaron ni cinco segundos y se fueron, dejando la mesa libre.

—Da —terminé mi frase.

—Ya no —dijo Sam—. Ven, siéntate. Cuéntame de ti, Kate.

Sam era la excepción, de la masa uniforme de personas que se expandía a través del campus, ella era genuina y, aunque tuve que analizarla, como siempre lo hacía con todos, me quedé con más preguntas que respuestas.

—Pues...

—Aparte de que tienes nombre de chica —bromeó ella.

—Sam también es nombre de chico —contrataqué.

—¿Te parece que me importa? —dijo riendo, por un momento pensé que la había ofendido. —Exacto. —No fue así.

—¿*Touché*? —reí.

—Sí —Sam sonrió a medias y siguió—. Empiezo yo. Tengo diecisiete años y me acabo de mudar acá con mi mamá que se acaba de divorciar, mis colores favoritos son el rosa y el verde, me gusta mucho leer lo que sea y amo las películas de terror. Siempre quise ser piloto de aviones de pequeña y, aunque sé que creíste que era un chico cuando me viste por primera vez, sí, Kate, soy chica. ¿Mucha información?

Sí.

—No —mentí—. Tengo diecisiete años también y soy malísimo en los deportes; me gusta el *rock* británico y las películas en general.

—*Cool* —interrumpió Sam.

—Mi color favorito es el azul, creo, también soy nuevo en la ciudad y nací en California. Vivo con mis papás y mi prima que se vino con nosotros para estudiar la universidad aquí. Quiero tener una banda famosa cuando crezca y mi sueño es dedicarme a tocar guitarra y escribir canciones.

—¿Escribes canciones? —Sam volvió a interrumpir.

—Bueno, no, aún no. No es tan fácil.

—Me imagino.

—No pensé que eras un chico cuando te vi.

Sam levantó una ceja y asintió con una sonrisa incrédula.

—No, claro que no —dijo con sarcasmo.

—En serio —respondí.

—De verdad, está bien —terminó Sam—. Me lo dicen seguido, hasta mamá lo hace. Me gusta mi cabello, tarda menos en secarse así.

—Supongo que tienes razón —contesté.

—Oh, olvidé mencionarlo, soy demasiado preguntona —asintió con la cabeza y pensó—. Y un poco impulsiva también.

—Sí, lo noté.

—Tú eres más frío, eso es bueno —contestó Sam.

—¿Ah, sí?

—A veces, depende qué resultado busques.

Antes de que pudiera notarlo, la campana volvió a sonar, pero esta vez, no nos tocaba en la misma clase, yo iría a Música y ella a Pintura. Nos despedimos por esas dos horas y nos dirigimos a nuestros respectivos salones.

En Música había pocos alumnos, había una chica un poco bajita y de cabello chino que se veía que tampoco era de muchos amigos, un chico con una gorra *snapback* que se veía a kilómetros que era baterista, dos chicos en el teclado y, claro, no podía faltar el bajista, solo que aquí era chica y era una chica coreana que sabía poco español y que, al igual que yo, era nueva.

Nuestro profesor de música llevaba por nombre Gerard, era un rockero de profesión, graduado de una prestigiosa universidad, derrochaba talento y tenía tatuajes en casi todo su cuerpo. Me cuestioné cómo alguien así había terminado dando clases en una preparatoria pública, pero antes de poder preguntarle

a él, fuimos directo al grano y nos dio indicaciones para tocar un *cover* de Seven Nation Army, una canción tan icónica que, sin importar la experiencia en música, todo el mundo sabe tocar. A un par de salones pude ver el salón de Sam.

Gerard nos explicó que el proyecto del semestre sería tocar para un concierto navideño, nos dio una lista de canciones y nos dejó a nosotros elegir el resto conforme fuera pasando el año, empezaba a gustarme la clase.

El chico baterista era Chris, los del teclado nunca hablaron ni mencionaron su nombre, pero se parecían bastante, por lo que solo eran *twins* (gemelos), la chica bajita cantaba increíble y su nombre era Bianca; la chica bajista era Bora y era extrañamente buena armando ritmos. Nos divertimos un rato ensayando la icónica canción.

Para cuando la clase terminó, fui por Sam a su clase de pintura y no me preguntes por qué, pero dicen que en el arte que haces expresiones realmente eres, y como no podía analizarla, moría por ver lo que había pintado. De verdad me sorprendió.

—¿Y... qué es? —pregunté.

—Hoy —contestó Sam cerrando un poco los ojos y viendo su pintura.

El lienzo parecía haber sido atacado por un grupo profesional de Gotcha... Básicamente había cientos de pincelazos sin simetría ni sentido aparente, algo así como un Pollock.

—¿O sea?

—No sé solo sucedió —rio Sam—. Podríamos ponerlo en un museo y venderlo por unos cinco millones de dólares. ¿No?

—Sí —me hizo reír, era cierto—. Pensé que harías algo más...

—¿Común? —interrumpió Sam e hizo una mueca—. Me esfuerzo demasiado para alejarme lo más que puedo de eso, no tendría sentido seguir la instrucción de hacer una flor que era el proyecto de hoy.

—Sí, si quieres pasar —gritó la maestra desde su lienzo personal.

—¡Es una flor surreal! —contestó Sam.

—¿Lo es? —le pregunté.

—El arte es subjetivo, Kate.

—Jace.

—Katherine.

Nos sonreímos por un segundo; al parecer había encontrado a alguien en quien confiar en el primer día y ya no me sentía nervioso, que no es que lo hubiera hecho en primer lugar...

—Entonces... ¿Amigos, Kate? —preguntó Sam como si aún no estuviera segura.

—Amigos, Samantha —contesté.

—Sam —me corrigió.

—Samantha.

—Katherine.

CAPÍTULO

2

En el receso del tercer día, estaba buscando a Sam para ir a comer juntos cuando ella me sorprendió por la espalda.

—Kate —rio.

—Jace... —corregí. Sam traía con ella una chica introvertida que quizá vi en la cafetería el primer día.

—Te presento a Becca; Becca, él es Kate

—Soy Jace, mucho gusto —saludé a Becca..

Becca se veía como ese tipo de chica que no habla mucho, pero que, si te toma confianza, no la callas nunca; también se veía que le gustaba estudiar, tenía esa chispa de nerd que tanto caracteriza a la gente así y, por eso, me agradó bastante.

—Becca escribe poemas —dijo Sam.

—Meh, más o menos —corrigió Becca.

—Ay, cállate, claro que lo haces.

—No, en serio... —siguió Becca.

—Además, son buenísimos —siguió Sam.

—Ni siquiera los has leído —suspiró Becca.

—¡Shh! —la calló Sam bromeando, noté que Becca estaba genuinamente extrañada—. Bueno, ya, algún día los leeré, da igual.

Sam, Becca y yo caminamos hacia la cafetería y nos dirigimos al mismo lugar en el que habíamos almorzado durante los últi-

mos días. La mesa estaba ocupada, como siempre, pero Sam hizo lo suyo y la reclamó de nuevo.

—¿Verdad que Katherine es nombre de chica? —preguntó Sam bromeando y abrazándome del brazo.

—Supongo... —respondió Becca.

—¿Cuánto más vas a seguir con esto? —pregunté.

—Siempre —contestó.

Debí saber que hablaba en serio.

—¿Son novios? —preguntó Becca interrumpiendo.

—No, no —dijimos Sam y yo a la vez.

—Somos —continuó Sam.

—Amigos, nos acabamos de conocer —terminé nuestra oración.

—Oh, es que como se llevan de maravilla —dijo Becca.

—No, no, él es prácticamente una chica —bromeó Sam.

—Y ella un chico —contrataqué.

—Terminarán juntos —afirmó Becca.

—No —negó Sam.

—De ninguna manera —dije yo.

Becca rio.

Tocaba Música y a Sam, Pintura, así que nos despedimos y subimos a nuestros respectivos salones. Gerard ya estaba organizando a los demás para tocar y llegué a tiempo para tocar la guitarra. Bianca estaba practicando una canción de Radiohead y la seguimos; fue ahí cuando extraoficialmente comenzó mi banda.

Tocamos un par de canciones más para el recital de Navidad que Gerard estaba organizando y al terminar la clase, se me acercó Chris.

—Jace. ¿Cierto?

—Cierto —contesté, él rio.

—Oye, tocas muy bien la guitarra.

—Muchas gracias —respondí.

Iba a salir del salón cuando noté que Becca y Sam llegaron a asomarse a la ventana. Sam entró.

—¡Toquen algo! —gritó Sam emocionada.

—Sí, toquen algo —continuó con voz baja Becca—. Anda Chris.

—¿Se conocen? —pregunté.

—Sí, nos conocimos el primer día —contestó Chris.

—¡Qué coincidencia! La chica aquí y yo también nos conocimos el primer día. ¿No, Kate? —dijo Sam bromeando y queriendo abrazarme, me quité.

—Bueno, nosotros desde hace dos años —corrigió Chris.

—Bueno ya, toquen algo —exigió Becca.

Chris me miró como invitándome a darles lo que pedían y me di cuenta de que no tenía alternativa, así que volví a conectar mi guitarra e invité a Bianca.

—Pero ya me iba... —renegó Bianca.

—Anda, solo una canción y ya —dijo Chris desde la batería, ya preparado.

—Okey, que sea Creep —respondió Bianca, prendiendo el micrófono del salón.

Bora se había ido y los gemelos también, así que solo quedamos los tres para tocar, Sam se sentó en una silla al revés y recargo la cabeza en sus manos, emocionada. Becca se quedó parada viendo.

—Okey, uno, dos, tres y... —empezamos a tocar.

A pesar de que no teníamos armonía ni bajo, sonábamos bastante bien para ser honestos.

Sam aplaudió y corrió a abrazarme.

—Nada mal, Katherine —sonrió Sam.

—Ya me voy —gritó Bianca ya apagando su micrófono, nos despedimos con señas.

—Dime Jace, Sam.

Sam me presionó la nariz con su dedo y negó con la cabeza.

—Deberían hacer una banda —comentó Becca.

—A eso iba —interrumpió Chris.

—¿Ah? —pregunté.

—¿Y si hacemos una banda? —preguntó Chris.

La verdad es que siempre había querido tener una banda, así que no dudé en aceptar.

—¡Suenan genial! —comenté.

Sam, Becca y yo estábamos por salir del salón cuando Chris gritó desde atrás.

—Oigan... —volteamos—. ¿Puedo ir con ustedes? —preguntó Chris.

—¿Y George, y tus amigos? —preguntó Becca extrañada.

—Estoy peleado con ellos —contestó en voz baja Chris.

—Ya veo.

Por fin tuve oportunidad de analizar a Chris, era un exchico *cool* desterrado de su reino y que ahora no tenía a dónde ir; era extrovertido y parecía el tipo de persona que te molía a golpes si lo hacías enojar, sin embargo, parecía una buena persona, sus intenciones eran buenas y ahora que era mi baterista, confiaba en él. Al principio pensé que miraba mucho a Sam, pero entonces se me ocurrió que quizá estaba exagerando.

Los cuatro caminamos a la cafetería para el segundo receso y nos sentamos en nuestro lugar.

—Bien, ahora tenemos un buen equipo para el apocalipsis zombi —dijo Sam.

—¿Apocalipsis zombi? —preguntaron Becca y Chris.

—Le gusta el escenario —la defendí. Sam rio.

Platicamos treinta minutos acerca de los gustos de música de todos, de cómo Becca solo escuchaba *folk* y que Chris era fan del *rock* de los ochenta, de que yo nunca había tomado formalmente clases de guitarra y de cómo Sam moría de hambre a pesar de no parar nunca de comer.

Chris luego empezó a platicarme de lo que tenía en mente.

—Así que... —se metió un bocado de sándwich a la boca—. Mi papá me compró una *laptop* para grabar.

—¿Para grabar? —pregunté.

—Sí, sí —continuó Chris—. He estado queriendo grabar un disco, pero soy malísimo con todo menos con la batería.

—En eso eres bueno —contesté.

—Muy bueno —aceptó—. Pero en lo demás no. Así que te escuché y dije «Es ahora», estoy pensando en *rock*, pero ya sabes, un poco más moderno.

—¿Sintetizadores?

—Sintetizadores, ritmos con más *groove*, más simple —siguió—. ¿Crees que Bianca quiera entrar?

—Supongo que sí —contesté—. No pierdes nada en preguntarle.

—Tal vez tienes razón —rio Chris—. Es linda. Las chicas lindas traen buena audiencia —recalcó Chris.

—¿Yo qué? —se entrometió Sam.

—Tú nada —bromeé, ella me golpeó el brazo.

—Kate escribe canciones —mintió Sam.

—¿Escribes canciones?! —preguntó Chris.

—No —le bajé la gorra a Sam—. Quiero, pero no es tan fácil.

—Es fácil —comentó Becca—. Por lo menos hacer letras.

—Eso es porque eres poeta —respondió Chris.

—Pero sí eres bueno con la guitarra, Kate —dijo Sam levantándose la gorra.

—Se me ocurre algo —dijo Chris confiado.

Sonó la campana y nos fuimos a nuestros salones a tomar clase, esas dos clases no las tomaba con Sam y, aunque pensé que iba a descansar un poco de ella, la verdad es que se me hicieron eternas. Me dormí en la segunda clase y me desperté porque el profesor llegó a llamarme. Quizá no era tan extraño que me sintiera mucho más cómodo que el día anterior. Ya había analizado a todo mi salón y, aunque la mayoría eran niños malcriados, había un par con los que podía dirigirme la palabra y bromear de vez en cuando.

Al salir, mi madre había tardado, así que caminé hacia las escaleras y esperé a que llegara; entonces miré hacia arriba y me encontré a Sam esperando con su gorra puesta en el piso de arriba. Subí y tiré la mochila al lado de ella, se asustó con el sonido.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Se me fue el bus —contestó Sam aburrida—. Ven, hazme compañía.

Me senté con ella.

—¿Apocalipsis zombi? —pregunté.

—Me gusta el panorama —contestó.

—Escenario —corregí. Ella rio.

—Escenario, eso. No sé, suena bien, es como decirles a las personas que les confiarías tu vida en una situación de caos.

—¿Le confías tu vida a gente que acabas de conocer? —pregunté.

—¿Por qué no? —cuestionó ella.

Asentí con la cabeza.

—Podría comenzar a enumerar razones...

—Bueno, quizá a ti sí —me interrumpió.

La miré y me sonrió.

—¿Tú qué haces aquí? —preguntó.

—Aún no llega mi mamá —contesté—. ¿A qué hora sale el siguiente bus?

—En dos horas —contestó Sam agachando la cabeza entre los brazos.

—Mierda —dije.

—Sí.

Entonces recibí un mensaje de mi madre.

«¿Podrías regresar caminando? Tuve un problema y tardaré en salir de aquí. Tu papá está trabajando. Te amo».

Suspiré.

—¿Qué pasa? —preguntó Sam.

—Tendré que volver caminando a casa —contesté.

—¿Es muy lejos?

—Un poco, como unos cuarenta minutos caminando.

—¿Quieres que vaya? —preguntó Sam.

—No, ¿cómo crees? —la miré.

—No quiero que vayas solo —contestó.

—Pero entonces tú regresarías sola.

—¿Por dónde vives?

—Por el Graham Park.

—Yo como a dos manzanas —contestó sonriendo—. Vamos.

Estábamos como a cuarenta minutos caminando de nuestras casas, así que no perdimos más tiempo y nos colgamos las mochilas al hombro. Nos dirigimos a casa, a pesar de que no conocíamos bien la ciudad todavía.

—Y dime, Kate, ¿tienes novia? —preguntó Sam.

—No —contesté.

—¿Novio?

—No, me gustan las chicas —respondí.

—Entonces estoy descartada —bromeó Sam.

—Claro que no.

—¿Cuántas relaciones has tenido? —preguntó Sam.

—¿Por qué? —pregunté.

—Curiosidad, hacer el camino menos pesado —rio.
Pensé un segundo.

—Dos.

—¿Dos? —preguntó Sam sorprendida.

—Sí. ¿Tú? —interrogué.

—Dos también —contestó segura.

—¿Ah, sí?

—No porque tú creas que parezco niño significa que no soy guapa —afirmó Sam.

—No considero que luzcas como un chico —dije.

—Pero no crees que soy linda —complementó Sam.

Me quedé callado, a la niña le gustaba vivir veloz.

—El primero en la secundaria, se llamaba Roger, era un imbécil, pero supongo que yo no era muy madura entonces.

—¿Eras? —bromeé.

—Cállate —rio—. En fin, me engañó y terminamos, luego en primero de preparatoria fue Matt, jugaba futbol americano.

—¿Qué tienen con el futbol americano? —pregunté.

—Es sexi —contestó Sam. La miré levantando una ceja—. Cuando eres una chica *cool*, lo es —sonrió.

—¿Y qué pasó?

—Me mudé acá —contestó Sam.

—¿Y no pudieron hablar por internet? —pregunté.

—No, él... Él ya tenía a alguien más.

—Lo siento.

—No tienes que, Kate.

—Jace...

—Kate.

Sam se detuvo un segundo a estirar el cuello un poco, estaba cansada por lo pesado de la mochila.

—Hey, te ayudo —le cargué la mochila.

—No, no es necesario —contestó Sam queriendo quitármela, pero no la dejé—. Gracias... —asentí.

Seguimos caminando en silencio un par de metros más hasta que Sam volvió a hablar.

—Y bueno, Jace Katherine, cuéntame de tus relaciones.

—No —reí.

—Anda, anda, anda —Sam insistió—. Te conté de las mías.

—Nadie te pidió que lo hicieras —bromeé.

—Es etiqueta básica, Kate —me miró seria, pero a la vez en broma.

Me aclaré la garganta.

—Oh, Dios —dijo Sam. Me carcajeé.

—La primera se llamaba Ivette, también me engañó y también en la secundaria.

—El primer amor nunca es el bueno. ¿Eh?

—Quizá sí, pero quizá no siempre llega en orden —reí—. La segunda es Grace, ella, bueno... Ella fue increíble —suspiré.

—¿Y?

—Me mudé acá —la imité.

—Ya —entendió Sam.

Finalmente, llegamos a casa de Sam y tocamos el timbre. Su mamá abrió preocupada y se miraba un tanto molesta.

—Samantha, tenías que haber llegado hace casi una hora. ¿Y tu teléfono? —preguntó su mamá.

—Se me terminó la batería y perdí el bus —contestó Sam—. Pero me vine con Kate —me señaló.

—Oh, Kate —exhalé, ahora hasta su mamá me decía Kate—. Disculpa, mucho gusto, soy Lorena.

—Mucho gusto —dije sonriendo.

—Gracias por traer a Samantha.

—No hay problema —respondí.

Sam la miró con ojos de cachorro y su mamá asintió como entendiéndola sin hablar.

—Kate —dijo su mamá.

—¿Sí? —pregunté.

—¿Por qué no pasas? —preguntó.

—No, no —traté de crear una excusa—. Seguramente me están esperando en la casa —mentira—. Y ya han de tener comida y...

—No es cierto, sus padres están ocupados —tosió Sam.

La mamá de Sam sonrió.

—Anda, pasa —me invitó y no pude negarlo.

Entré y acompañé a Sam a dejar sus cosas, pero ella subió a cambiarse, así que me quedé esperando en la sala.

—¿Te gusta el *spaghetti*, Kate? —preguntó su mamá desde la cocina.

—Sí, pero no se preocupe —respondí acercándome.

—No, en serio. No solía cocinar, así que no supe medir las cantidades de pasta y ahora puedo alimentar a toda la capital —bromeó su mamá—. Entonces... ¿te quedas a comer con nosotros? Claro, si no hay inconveniente.

—¡Se queda! —gritó Sam desde arriba.

Reí.

—Creo que sí me quedo, muchas gracias.



CAPÍTULO

3

Sam bajó con una sudadera y un pants.

—¿Tenías que cambiarte? Te veías bien —pregunté.

—Sí, pero no quiero cargar con todas las malas energías de la escuela, ugh —rio.

—Supongo que tiene sentido —dije.

—¡Mamá, Kate tiene hambre! —gritó Sam.

—¿Qué? Yo no dije nada —reí. Su mamá rio también.

—Ya, ya. Les sirvo —dijo su mamá.

—Te odio —le dije a Sam.

—No, no me odias —respondió ella.

Su mamá nos sirvió un plato de *spaghetti* de lo que parecía ser un recipiente con suficiente pasta como para acabar con el hambre del mundo.

—Provecho, Kate —me dijo la mamá de Sam.

—Gracias, igualmente, señora —dije, Sam me sonrió.

—Por favor, dime Lorena —contestó su mamá.

Enrollé un poco de pasta en mi tenedor y me lo llevé a la boca para probarlo, estaba muy caliente, pero el sabor era bueno y hasta ese momento, no me había dado cuenta de lo mucho que me estaba muriendo de hambre.

—¿Van juntos en la escuela? —preguntó Lorena.

—En el mismo salón —contestó Sam.

—Solo en algunas clases —complementé.

—¿Eres de aquí, Kate? —preguntó Lorena.

—Es californiano —respondió Sam antes de que yo pudiera hablar.

—Deja que responda, Samantha —rio Lorena.

—Bueno, no sé por qué se mudó —contestó Sam.

—Pues —pasé mi bocado—. Mi papá consiguió un trabajo aquí, así que realmente no tuvimos opción.

—No está tan mal —dijo Lorena—. El clima es agradable.

—Es frío —dijo Sam.

—Sí, pero algunos cambios son buenos —complementó Lorena.

Sam se quedó callada un segundo, pero típico de ella, no duró mucho.

—Oh, Kate es músico.

—¿En serio, Kate? —preguntó Lorena.

—Sí, bueno, algo así.

—Toca la guitarra increíble —dijo Sam emocionada.

—Eso es genial, Kate.

—Gracias —dije.

—Y un día me va a escribir una canción —dijo Sam confiada.

—¿Ah, sí? —le pregunté.

—Eventualmente —sonrió Sam.

Por un rato, Sam habló de mí sin dejarme ni siquiera opinar como si me conociera de años, su mamá solo me miraba como riendo de la situación y, aunque al principio fue extraño, terminó por sentirse lindo. Me acabé mi *spaghetti*.

—¿Quieres más, Kate? —preguntó Lorena.

—Sí, sí quiere —dijo Sam riendo.

—No, muchas gracias, estaba delicioso, pero voy a reventar —bromeé.

—Eso de calcular raciones no es fácil —dijo Lorena—. ¿Ves, Samantha? Para eso sirven las matemáticas.

—Y para frustrar gente altamente efectiva —respondió Sam y yo reí.

Sam levantó nuestros platos y cubiertos, nos paramos de la mesa.

—Les llevo helado. ¿Dónde estarán? —preguntó Lorena.

—En mi cuarto —respondió Sam, me latió el corazón un poco más rápido, no es que nunca hubiera ido al cuarto de una chica, pero... No, olvídale, sí era eso.

—Está bien, Samantha —contestó Lorena.

Sam me jaló y la seguí a su cuarto. Al igual que ella, su habitación retaba las expectativas, no tenía rosa ni cosas de princesa y, en su lugar, había un par de estantes, uno con libros y otro con cuadernos, cientos de cuadernos. Había también clásicos de la literatura y otras novelas de las que había escuchado hablar mucho, pero que nunca me había animado a leer.

—Así que, en serio te gusta leer.

—¿Qué? ¿Pensaste que era broma? —contestó Sam sentándose en un sillón de gel—. Sí, Kate, me gusta mucho leer. Ven, siéntate —me ubiqué junto a ella—. ¿Lees algo?

—No —admití—. Me gustan más las películas.

—Cool —dijo Sam, se quitó su gorra.

—Pero no soy tonto —quise corregir.

—¿Qué? —preguntó Sam.

—Ya sabes, no leo, pero no soy tonto.

—Leer no te hace culto o inteligente. Puedes aprender mucho en una película o en un programa de televisión y leer por pura diversión y entretenimiento también. Eso es una opinión muy superficial, Kate; me sorprendes, es casi como si solo lleváramos dos días de conocernos.

—Perdón —reí.

—No te disculpes, no toda la gente que lee es lista y sé que no eres tonto, todo lo contrario —me sonrió.

En ese momento su mamá entró con dos copas con helado y nos las dio. Era helado napolitano.

—Espero que les guste —dijo Lorena.

—Gracias —dijimos a la vez.

Lorena salió y Sam empezó a jalar su sillón a la ventana donde había un pequeño balcón y me invitó a hacer lo mismo.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—Disfrutar la vista —dijo Sam. De su balcón solo se veían otras casas y unas cuantas calles a la redonda, nada realmente majestuoso.

—¿La vista? —volví a preguntar.

—Tú, siéntate —bromeó Sam.

Lo hice, en eso entró una llamada a mi celular, era mi mamá.

—Jace. ¿Dónde estás?

—En casa de Sam, mamá —contesté.

—¿Quién es Sam? —preguntó.

—Una amiga —dije, Sam comió una cucharada de helado.

—¿Una amiga? ¿No vendrás a comer? —preguntó mi mamá sorprendida.

—Sí y no, ya comí —contesté.

—¿Qué haces? —interrogó.

—Tarea. Regreso en cuanto termine, es cerca —respondí.

—Okey. Te amo, hijo.

—Yo te amo a ti, mamá —contesté.

Colgué.

—Ay, qué lindo —dijo Sam.

—Cállate —reí.

—Mi mamá también pregunta mucho —dijo Sam.

—Con que de ahí salimos —contesté.

Sam me miró y brindamos con las copas de helado.

—¿No extrañas California? —preguntó Sam.

—Supongo que después de un mes, ya lo acepté o simplemente no he reaccionado todavía —contesté.

—Buena respuesta.

—¿Tú extrañas...?

—Jacksonville; no. Mi mamá ya no estaba feliz allá y es lindo verla sonreír, cocinar y hacer cosas así —contestó Sam.

Comí un poco de helado.

—¿No extrañas a Grace? —preguntó Sam.

—A veces, supongo —contesté—. Como todo, pero es lindo comenzar otra vez.

—Sí.

—¿Y tú?

—Ya respondiste por mí, Kate.

Seguimos comiendo helado y hablando mientras se hacía de noche. El aire se tornaba más frío y se empezaban a mostrar las estrellas.

—Perdón si llego a ser molesta —dijo Sam en voz baja.

—¿Qué? —pregunté sorprendido—. No digas eso.

—No, en serio, voy a molestarte mucho más y va a ser difícil que te libres de mí ahora, pero sé que a veces puedo ser dura de soportar, así que me disculpo por adelantado.

—Perdón si llego a ser un idiota —contesté.

—¿Qué? No lo eres.

—No, pero puedo llegar a serlo.

—Todos, dado el momento.

Sam me miró y yo la miré.

—Así que —interrumpí—. ¿Cómo empezaste a leer tanto?

—Después de mi segunda relación —dijo Sam con helado en la boca—. Supongo que necesitaba un lugar para alejarme de todo aquello y yo sé que no te gusta eso ni mucho menos, pero es libertador.

—Me imagino.

—Es como cuando tú ves películas.

—Pero yo tardo hora y media en ver una película.

—Más a mi favor —dijo Sam—. Yo puedo tener hasta una semana de refugio en las páginas de un libro.

Asentí, Sam bajó su mano al mismo tiempo que yo y, por una décima de segundo, se encontraron nuestros dedos; dos décimas de segundo más tarde, no nos movimos.

—Es extraño, Kate —dijo Sam.

—¿Qué es extraño, Sam? —pregunté.

Sam bajó su copa de helado vacía, yo hice lo mismo.

—Siempre he sido extrovertida y todo, pero nunca había tenido un amigo como tú.

—¿Cómo? —pregunté.

—Uno que me aguantara más de dos días —reí.

—Vamos tres, aún no cantes victoria —bromeé, ella me miró sarcástica—. Es broma, gracias a ti, pensé que moriría en la soledad de ser el nuevo de la escuela hasta que te conocí.

—Lo sé, soy genial —dijo Sam.

—Pensé que nos estábamos poniendo sentimentales —mencioné.

—No, para nada —Sam bromeó—. Oye, quiero que veas algo —asentí.

Sam se levantó y sacó un par de cuadernos de dibujo de su estante, luego se volvió a sentar junto a mí.

Abrió la primera página y entonces entendí que lo que había hecho en clase de arte no era al azar, todo su cuaderno estaba lleno de arte abstracto hecho con plumones, crayones y otras cosas.

—Así que eres artista —dije.

—Cariño, soy todo —bromeó Sam mientras movía su sillón para acercarse más a mí. Se recargó en mi hombro mientras veía sus dibujos—. ¿Qué ves?

—No sé. ¿Arte abstracto? —respondí. Ella rio.

—Sí, pero ¿qué ves? —preguntó de nuevo.

Esa página eran trazos bruscos de azul con gris y algunas manchas de golpes de plumón.

—¿Enojo? —pregunté.

—Casi, decepción —sonrió Sam mientras apuntaba a su hoja—. Este lo hice cuando me enteré de que me engañaban.

—Puedo verlo —mentí.

—Claro que no —reímos—. Pero puedes sentirlo, ¿puedes ver la incertidumbre? —preguntó de nuevo.

Entonces pude notar la diferencia de trazos, los azules estaban hechos con más fuerza y los grises más suaves, como sin ganas. Los puntos estaban al azar.

—El azul es tu enojo, el gris son tus ganas y tus motivos para creer y los puntos... No sé.

—No, no, vas muy bien —dijo Sam, pero no pude entender los puntos.

—No son nada, no todo en el arte tiene sentido, solo es una expresión. Sabía que no eras tonto.

Reímos y seguimos viendo sus páginas.

—Este, por ejemplo —señaló Sam—. Lo hice cuando me enteré de que mi papá había engañado a mi mamá.

—Lo siento mucho —dije.

—No tienes que, tú no —me sonrió.

Una parte de esa hoja estaba hasta rota de la agresividad de su dibujo.

—¿Me vas a escribir una canción? —Sam rompió con el tema.

—No tengo ni una escrita, además, acabo de conocerte.

—Digo, eventualmente —rio.

—¿Que hable de zombis? —pregunté.

—Por favor.

Sam se recargó más en mí porque hacía mucho frío y la abracé, pensé que tal vez estábamos dejándonos llevar muy rápido.

—Creo que ya me tengo que ir —le dije a Sam.

—Treinta minutos más y ya —dijo.

—Pero solo treinta.

—Empezando... ahora.

Sam levantó un poco la mirada.

—¿Recuerdas que preguntaste que qué vista tendríamos desde aquí? —preguntó Sam.

—Sí —respondí.

—Mira hacia arriba.

Un domo estrellado se levantaba sobre nosotros y la oscuridad permitía distinguir perfectamente la luz individual de cada uno de los soles muertos.

—Guau —dije.

—Todos los hogares tienen esa vista, Kate. Solo tienes que tomarte un segundo para voltear.

—Qué profunda, Sam.

—Nah, yo nunca —bromeó—. Los libros son como estrellas. La miré, ella se rio un segundo.

—Deja te explico.

—Te escucho —le dije.

—Todas esas estrellas que ves en el cielo...

—Están muertas —interrumpí.

—Sí, exacto, pero su luz viaja por millones de años luz hasta llegar a nosotros, esta noche.

—¿Y cómo eso se asemeja a un libro? —pregunté.

—Puedes leer *Cuento de Navidad* años después de que Lewis Carroll murió y seguirá teniendo una impresión en ti en el momento en que lo leas, así sea cien o doscientos años después de que él ya no esté. Es una manera de dejar una luz que viaje lo suficiente como para alcanzar a alumbrar cientos de años después.

—Qué profundo —dije.

—También la música tiene esa magia, Kate. Por si no lo sabías.

—En un momento puedes ser hiperactiva y en otro, puedes escribir un libro de filosofía.

—No filosofía, solo cursilerías —corrigió Sam.

Lorena entró a la habitación y salió al balcón con nosotros.

—Kate, ya es tarde, te llevamos a tu casa.

—Aún no, mamá —dijo Sam.

—Sí, Samantha, es tarde.

—No se preocupe, señora.

—Lorena —interrumpió Lorena.

—Perdón, Lorena, iré caminando.

—De ninguna manera, Samantha trae una chamarra.

Sam obedeció a regañadientes y me pidió que la levantara. La ayudé a poner sus cuadernos en su lugar y luego tomé mi mochila.

Nos subimos al auto de la mamá de Sam y me llevaron a la casa. Al llegar, Sam se bajó y me dio un beso en la mejilla.

—Anda, Kate, te veo mañana.

—Te veo mañana, Samantha.

—Sam.

Entré a mi casa y me recibió mi prima Dana, que podía pasar con frecuencia de ser la persona en la que más confiaba a otra totalmente detestable. Era como mi hermana y tenía solo un año más que yo.

—¿Es tu novia? —preguntó Dana.

—¿Cómo va a ser mi novia? La acabo de conocer. Solo es Sam, mi amiga —contesté.

—Es linda. Solo que su cabello parece de niño.

—¿Estabas espiando? —pregunté.

—No, solo vi —rio Dana.

—Pues no lo hagas —contesté un poco molesto—. Y no tiene cabello de niño. Se le ve bien corto.

Entonces sonó la puerta, Dana abrió, era Sam.

—Olvidaste tu mochila en el auto —dijo Sam sonriendo.

—Gracias —dije, recibíendola.

Dana se aclaró la garganta para llamar la atención.

—Oh, sí, te presento a mi prima...

—Dana —interrumpió ella—. Mucho gusto, tú debes ser Sam. Jace habla mucho de ti.

—¡No es...! —me callé a media oración.

—Sé que no es cierto —me tranquilizó Sam—. Mucho gusto, solo pasaba para eso...

—Puedes venir cuando quieras, Sam —contestó Dana sonriendo.

Sam se despidió y volvió a subir a su auto, estaba feliz, su cara estaba un poco enrojecida y detrás de las ventanas del auto, su mamá bromeó con ella.

—Sí es linda, me gusta para ti —dijo Dana.

—¡Cállate ya! —contesté poniéndome rojo yo también.



CAPÍTULO

4

—¿Ya puedo empezar, con un demonio? —gritó el maestro desde su escritorio.

El profesor de filosofía era un tipo de no más de veintiocho años, alto, delgado y pelirrojo. Traía una chaqueta de piel y al parecer, estaba molesto porque el grupo no se ponía de acuerdo para prestar atención.

Cuando el eco de su grito cesó, todos se callaron y se sentaron en un santiamén, él dejó su novela de Ayn Rand en la mesa y se levantó para dirigirse a la mitad del salón. Miró a todos de reojo, se rio para sí mismo y luego caminó hacia el pizarrón. No hacía falta ser superficial para pensar que parecía ser un completo idiota.

Antes de llegar, se detuvo en el lugar de Sam que estaba justo al lado del mío y carraspeó para que Sam le pusiera atención, ella volteó la cabeza a verlo y preguntó:

—¿Qué?

—¿Qué? —preguntó, repitiendo el profesor.

Sam se encogió de hombros, no pude evitar soltar una risa ahogada.

—Que estás en clase de filosofía y en vez de poner atención en tu primera sesión, estás dibujando en tu cuaderno... —el profesor miró la hoja de Sam que simplemente tenía rayones con sus colores—. Eso.

—¿Eso es malo? —preguntó Sam.

—Guarda eso —dijo el profesor.

Finalmente, llegó al pizarrón y con una actitud altanera escribió su nombre en él: «Noel Easley, simplemente Noel, no profesor, no maestro, no amigo, Noel».

—Creo que las presentaciones están sobrevaloradas y dada esta aclaración, soy su profesor de filosofía.

Sí parecía comportarse como un idiota. Sam y yo nos hicimos muecas y reímos.

—Ustedes dos novios, se me separan —dijo Noel.

—No somos novios —aclaré.

—Como sea.

Me enojé y llevé mis cosas al otro lado del salón, donde no conocía a nadie y estaba alejado de nuestra sociedad de dos.

—No pretendo que se conviertan en filósofos, eso sería como invitarlos a no hacer mucho de sus vidas...

—¿Usted no hace mucho de su vida? —preguntó Sam.

—Era un chiste —aclaró Noel—. Pero sí vivo la vida simple, tengo una cafetería, la cual anunciaré al final de la clase y si quieren puntos extra, no estaría mal verlos ahí. Como decía, yo lo que pretendo con estas clases es que usen sus cerebros y no se queden solo con lo que hay en la televisión o en los vídeos de internet. Quiero que razonen y tomen sus propias conclusiones, que crean en lo justo y no solo en lo bueno que la iglesia les enseña.

—No creo que deba meterse con ese tema —dijo una chica desde atrás.

—Sí, pero aquí no importa lo que tú creas —dijo Noel—. Aquí van a aprender a pensar y, más importante, a hacerse preguntas.

Sam de nuevo se puso a dibujar y Noel le quitó molesto la hoja.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó Sam.

—Es clase, no exposición de arte, Kandinsky —dijo Noel.

Sam se molestó.

—No creo que sea necesario, pero el protocolo me pide esto, así que preséntense.

Antes de que pasara la primera persona, examiné a Noel; era un tipo con sueños rotos, que solo quería hacer de la vida de sus estudiantes un infierno porque sabía que ellos llegarían más lejos que él. Cuando le quitó la hoja a Sam, demostraba envidia del talento que él no tenía...

—Tú empiezas —me dijo Noel interrumpiéndome.

Me paré un poco harto, como el resto de la clase y me puse enfrente del pizarrón.

—Mi nombre es Jace, tengo diecisiete años —terminé y estaba por irme a sentar cuando de nuevo Noel me detuvo.

—Sí, pero eso lo puedo ver en sus listas. ¿Qué más? ¿Sueños, aspiraciones? ¿Quién eres, Jace? —preguntó Noel.

—Eso soy, y quiero ser músico. Y ya —dije sin ganas.

—Qué interesante, Jace —dijo Noel—. Siguiente.

Después pasaron en orden todas las personas del grupo, cada una tan superficial como la anterior.

Entonces fue el turno de Sam.

—Te toca.

Sam lo miró molesta y negó con la cabeza, fue la primera vez que la veía molesta, pero, de nuevo, no llevaba mucho de conocerla.

—Me llamo Sam y...

—Te gusta dibujar en clase —interrumpió Noel.

Sam se molestó por el hecho de que le hubiera quitado el dibujo y se salió de clase. Noel cerró la puerta apático y siguió, nos dio la bibliografía para el curso y un par de *apps* para escribir que dijo que serían útiles. Realmente solo esperaba que terminara la clase.

—Todos pueden salir —dijo Noel, todos nos paramos entusiasmados de salir cuando continuó—. Excepto Jace.

Puse los ojos en blanco y me acerqué al escritorio de Noel.

—¿Qué? ¿Hice algo mal? —pregunté.

—No, te hablé para darte el dibujo de Samantha —contestó él y me entregó el papel—. Termina su presentación.

—¿Yo por qué?

—Es tu novia. ¿No?

—Somos amigos.

—Entonces la conoces, vale, Jace.

—Pero es hora de receso.

—De hecho, faltan diez minutos.

Suspiré molesto.

—¿Para qué?

—Es protocolo.

Suspiré de nuevo.

—Sam, no Samantha, tiene diecisiete años y si algo ama es hacer lo que usted le quitó. Es arte abstracto.

—Sé lo que es.

—Le encanta el cine de terror y leer.

—No me lo hubiera imaginado.

—Posiblemente lo odia.

Noel rio un segundo.

—¿Por qué tiene que ser tan imbécil? —pregunté.

—¿Disculpa?

—Sí, ¿por qué tiene que comportarse así?

—Porque no se callan. Yo tampoco vengo con todas las ganas del mundo y es igual de cansado despertarme temprano para mí que para ustedes.

—Sí, pero no tenía que burlarse de Sam.

—No lo hice.

—Sí lo hizo, con su «Y te gusta dibujar» y la exhibió enfrente de todos.

—¿Destacar un talento es burla?

Me quedé callado.

—¿Qué? ¿Soy un imbécil por querer hacer mi trabajo?

—No quise decir eso...

Noel se levantó la manga. Tenía un tatuaje de trazos de pincel de acuarela que bien podría estar en un lienzo u hoja de Sam.

—¿Sabes, Kate? Los prejuicios usualmente no son acertados.

—Un poco de cautela nunca es mala.

—Ese término está mal aplicado.

De pronto, Noel empezó a caerme... no tan mal. No era un completo imbécil, o, por lo menos, ya no tanto.

Entró Sam por la puerta.

—Vámonos, Kate, ya todos salieron. Te estoy esperando —dijo.

—Ven, Sam —pidió Noel.

—No —dijo Sam haciendo gestos molesta.

—Sam —dije para convencerla.

Ella suspiró.

—Te odio, Kate.

—No, no me odias y soy Jace —le dije.

—Jace Katherine —corrigió ella.

Sam me abrazó por detrás y se aclaró la garganta.

—¿Sí? —preguntó Sam.

—No quería que te molestaras, pero hay un tiempo y un lugar para todo —dijo Noel.

—Claro, debe ser de esos idiotas que creen que al arte es estúpido y que el colegio es lo único que importa —dijo Sam.

Le apreté la mano a Sam para que se controlara.

—Ve su brazo —dije.

Sam lo miró y después se aclaró otra vez la garganta.

—La *Torre Eiffel* de Delaunay. ¿Entonces también le gusta el arte abstracto? —preguntó Sam.

—Sí y, al parecer, también eres una esnob, —Sam rio—. Solo digamos que me gusta enojarme y los colores son una buena manera de desquitarme —dijo Noel.

—Sí, lo entiendo, es mejor dejarlo en el papel que contra una persona, supongo —dijo Sam.

Reí sin entender la mitad de su conversación.

—¿Qué tipo de músico quieres ser? —preguntó Noel—. Yo tuve una banda alguna vez, con Gerard, el profesor de música.

—¿En serio? —pregunté.

—Sí, yo era el baterista.

—Yo quiero ser famoso, como, no sé, música *rock*. Algo así.

Sam sonrió.

—Entonces no eres tan idiota como aparentas —le dijo a Noel.

—Una vez más que me digan así, y los repruebo —dijo él—. Pero no, no tanto. Solo es necesario ejercer control sobre el grupo.

Sam se jaló una butaca, yo me senté en la silla y ella en la mesa. Nos pasamos el receso hablando.

—Un día vayan a la cafetería, estaría *cool* verlos ahí —dijo Noel, despidiéndose.

Sam y yo salimos y nos encontramos a Becca y Chris camino a nuestras clases.

—¿Dónde estaban? —preguntó Chris.

—Con Noel, el de filosofía —dijo Sam.

—¿Los castigó? Me da clase y es un tarado —dijo Becca.

—A mí también me da clases y me sacó por checar un mensaje.

—No es tan mala persona —dije.

—De hecho —complementó Sam.

Chris y Becca nos vieron extrañados.

Ya a la salida, Sam y yo estábamos por irnos cuando escuchamos a Noel.

—Jace.

—¿Sí? —respondí.

—Vayan a la cafetería hoy en la tarde, en serio, hay algo que deben ver.

—Eso me asusta —bromeó Sam.

—No —rio Noel—. En serio.

Sam y yo asentimos y caminamos a nuestras casas, aunque antes, Sam me invitó a comer.

—¿Cómo crees? Tu mamá me va a odiar.

—No —me abrazó Sam—. Le caes bien, además, tiene un problema para calcular las porciones de la comida. De seguro hay suficiente para ti —dijo.

—No, Sam.

—¿Qué? ¿Te están esperando a comer?

—No, como solo casi siempre, pero...

—Ahí está, no hay gran diferencia. Anda. Sirve que hacemos tiempo para ir a la cafetería.

Asentí.

Llegamos a su casa y al entrar, olía delicioso. Cosa que nunca sucedía en mi casa porque, bueno, siempre me preparaba yo algo o pedía de afuera.

Lorena salió de la cocina.

—Kate, qué sorpresa. Pasa, hice ravioles, y hay suficientes para una vida —rio.

Nos sentamos Sam y yo y empezamos a comer. Sam se veía de alguna manera, fuera de sí. Al terminar de comer, subimos a su cuarto.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí. ¿Por qué?

—Hace rato te enojaste mucho y en la comida casi ni hablaste.

—Estaba disfrutando la comida.

—Sam...

—Kate, en serio.

Sam se aventó a su cama de tamaño matrimonial y fingió quedarse dormida.

—Quiero dormir hasta el 2200.

—Es el sueño, Sam.

Reímos.

Sam hizo una señal de que fuera y me recosté también.

—¿Quieres saber qué tengo?

—Sí...

Sam negó con la cabeza y se quitó su gorra.

—Nos mudamos porque mi papá engañó a mi mamá.

—Sí...

—Y, bueno, mi mamá quería que empezáramos de nuevo lejos y es lo que hicimos, pero la he escuchado a veces llorar en las noches y me aflige.

—Supongo que es normal... ¿Por qué no hablas con ella?
—le pregunté.

—Lo he hecho, lo que me asusta es que lo extrañe tanto que regrese con él, quiero decir, es mi papá y todo, pero después de eso, no es como que quiera tenerlo cerca.

—No creo...

—Llora porque lo extraña.

—Se le pasará.

—¿Tú crees? —preguntó Sam.

La miré.

—Yo creo que sí, tu mamá es fuerte.

—Lo sé, pero igual, además, me gusta empezar de nuevo.

—¿En serio?

—Sí —Sam asintió—. Después de... Bueno, todo lo que pasé allá, no está mal probar nuevos aires, y conocer gente nueva, como tú.

Sonreí. Ella también.

—¿Qué pasaste allá? —pregunté.

—Uff —Sam rio—. De todo, Jace Katherine. Cosas buenas y malas.

—¿Cómo?

Sam hizo una mueca como recordando cosas.

—¿Ubicas a la típica chica rebelde que hace lo que quiere y se mete en embrollos solo por no hacer lo que los demás esperan de ella? —preguntó Sam.

—Claro.

—Esa era yo.

—¿Eras? —pregunté sarcásticamente.

Ella me golpeó con una almohada.

—Lo era más —bromeó—. No, en serio, aquí me siento bien, allá de verdad me metía en problemas, quizá por llamar la atención de mis papás, cuando mi mamá estaba con mi papá, nunca me hacían caso, eran la típica relación de película perfecta y nada más importaba, ni siquiera sus hijos.

—¿Hijos? —pregunté.

—Tengo un hermano pequeño —dijo Sam. Luego suspiró—. Y ahora un medio hermano.

—No lo sabía.

—Tal vez porque no te lo había dicho, tonto. Mi hermano tiene diez años y se llama Isaac, él se quedó con mi papá y llevo casi un año sin verlo, solo hablamos por internet a escondidas.

—¿No lo extrañas?

—Claro, pero por ahora, es lo mejor. Primero mi mamá se enteró de la estupidez de mi papá, después nos fuimos a vivir con mi abuela y hasta ahora que nos mudamos acá es que todo empieza a caminar.

—¿Cómo?

—Pues... Digamos que nunca me había sentido tan unida con mi mamá y, aunque siempre estaba enamorada, nunca sonreía tanto como lo hace ahora, por lo menos durante el día.

Le tomé la mano a Sam.

—Todo estará bien —le dije.

—Lo sé. Eso espero. —rio—. ¿Qué piensas tú del amor después de un engaño?

—No sé, no creo que exista, pero bueno, no todos pensamos igual.

Sam sonrió a medias.



CAPÍTULO 5

Sam y yo llegamos a la cafetería de Noel a las seis de la tarde; ella traía una de sus gorras y yo una sudadera rosa suya que me obligó a llevar; me veía muy masculino. La cafetería estaba en un edificio nuevo que envolvía la cuadra entera. Entramos y nos sentamos en uno de los sillones *lounge* antiguos que había para esperar a Noel.

—¿No te parece sospechoso todo esto, Kate? —preguntó Sam.

—Tú fuiste quien decidió que viniéramos, tonta —contesté yo.

—Sí, lo sé, pero ya pensándolo bien es un poco raro que nos haya invitado a los dos acá. ¿No? Apenas lo conocimos hoy. Nos hubiéramos quedado en mi casa a comer más.

—Odio tu bipolaridad, lo juro —le dije.

Pedí un americano y ella un capuchino, apenas diez minutos después llegó Noel a saludarnos.

—No, no los voy a secuestrar o algo por el estilo —aclaró Noel mirando a Sam como si supiera lo que había dicho. Reímos—. Venga, hay algo que quiero mostrarles.

—Eso suena mucho más sospechoso —bromeó Sam. Noel negó con la cabeza.

Seguimos a Noel hasta la puerta trasera de la cafetería, un instinto mío me dijo que debíamos irnos y entonces, nos encon-

tré siguiéndolo a través de un largo y húmedo pasillo; había una luz al final del túnel que poco a poco llegaba a su fin y mientras caminábamos, me entró un poco de paranoia. No tuve tiempo para pensar mucho porque un par de pasos más adelante, salimos del pasillo para dirigirnos hacia un patio oculto que se encontraba escondido por los edificios de la parte exterior; era una cuadra enorme y en medio del patio, había un pequeño edificio viejo de ladrillo con dos pisos, las paredes estaban recubiertas de enredaderas que parecían escalar hacia el cielo y detrás de ellas, encontré muchas ventanas rotas; mi instinto de irnos creció, pero Sam se veía convencida a seguir, así que preparé mis puños para lo que pudiera surgir.

—Okey, esto sí es sospechoso —dije bromeando, pero mi pulso se aceleraba a cada segundo y realmente empezaba a preguntarme si habíamos hecho lo correcto en venir.

—Me imagino que sí —dijo Noel—. Pero tomará sentido.

—Más te vale —bromeó Sam, su voz no sonaba asustada como yo y se me ocurrió que no le funcionaba su sentido común.

Noel abrió una vieja puerta de madera con una llave oxidada y la puerta crujió mientras se alejaba de nosotros. Adentro entraban decenas de rayos de luz por las ventanas empolvadas y estos alumbraban lo que se veía como una biblioteca abandonada, muchos estantes, libros acomodados en ellos y algunas mesas.

—Están en su casa —dijo Noel entrando al edificio.

Sam y yo entramos un poco extrañados, yo más que ella y Noel prendió las luces. Efectivamente, era una biblioteca abandonada, no tan grande como la de la ciudad, pero igual tenía cientos o quizá miles de libros en muchísimos libreros de madera empolvados; a pesar de que se veía antigua, había señales de que no estaba tan olvidada como parecía, no había tanto polvo en el suelo y los bombillos parecían alumbrar como nuevos.

En el segundo piso, había una ventana rota y de esa ventana, entraba un árbol.

—Esto es la biblioteca —dijo Noel como si estuviera narrando un libro épico.

—Ni lo noté —dijo Sam bromeando, mientras miraba de lejos los libros con ganas de devorárselos todos. Su voz se notaba distinta, como si ya se lo estuviera esperando y yo me limité a asentir, preguntándome si esto formaba parte de un mal sueño y seguíamos dormidos en el cuarto de ella. Deshice mis puños.

Noel sacó del escritorio de la entrada un par de cuadernos forrados en piel y un par de llaves idénticas a la que había usado para abrir la puerta.

—Ya tiene algunos años cerrada, 64 para ser precisos —continuó Noel mientras abría cada uno de los dos cuadernos y escribía algo con una pluma fuente—. Empezó como un grupo formado por un maestro de historia, Mark King, con el fin de darles a sus estudiantes un santuario donde pudieran hacer preguntas y contestarlas, pensar y básicamente ser ellos sin preocuparse por más cosas que por razonar y crear.

—Y yo que pensé que eras viejo, pero no tanto —bromeó Sam interrumpiendo.

—Ja, ja —Noel rio—. No, yo no lo conocí, pero sí a estudiantes de sus estudiantes, uno de ellos me presentó este lugar y cuando lo iban a demoler, compré el edificio con ayuda de los demás miembros. Hace 8 años.

—¿Miembros? —preguntó Sam—. ¿Algo así como los iluminati?

—No, algo así como gente que a veces necesita un refugio del mundo donde poder pensar y preguntar cosas. Entiendo que ustedes comprenden.

Sam dejó de bromear por un segundo y asintió, yo también.

—El caso es este, muchísima gente, de sus edades y un poco mayores han estado aquí por varios años, eventualmente muchos hicieron su vida y dejaron de venir, algunos pocos aún frecuentan estos pasillos y yo, bueno, viviría aquí si pudiera. Cada uno de los libros que hay aquí son diferentes; algunos son clásicos de la literatura y otros tantos de los que ni siquiera habrán oído hablar, hay de todo, pero aquí está el secreto, cada libro depositado aquí tiene notas o modificaciones de la gente que ha pisado este lugar, muchos de esos libros están escritos por ellos...

—¿Libros originales? Guau —se sorprendió Sam.

—Sí —continuó Noel—. Algunas historias, novelas, estudios y bueno... Están las preguntas frecuentes.

—¿Preguntas frecuentes? —pregunté.

—Sí, ese estante de allá —señaló con el dedo a un estante en el segundo piso del edificio pintado de blanco con cientos de símbolos y firmas—. Es «Preguntas frecuentes», es una tradición entre los miembros contribuir con libros y aportar en ese estante. Mark solía dejarles a sus estudiantes tareas de reflexión, de filosofía y sobre cuestionar la vida, les pedía traer preguntas para discutir las y entre todos, darles respuesta, basado en el conocimiento y experiencias de todos.

—¿Puedo ir a verlo? —preguntó Sam, impaciente como siempre.

—Claro —dijo Noel.

Sam subió las escaleras corriendo, pero prestando atención a todos los estantes que pasaba al correr, como decidiendo qué leer primero. Finalmente, se dirigió al estante.

—¿Y por qué nosotros? —le pregunté a Noel mientras él cerraba los cuadernos y los sellaba con su seguro.

—Los libros son una manera de viajar entre mundos, cuando uno colapsa, podemos saltar al siguiente y al siguiente; aun

cuando el día es oscuro en nuestros ojos, en algún otro lugar está soleado y podemos ir a él al abrir un par de páginas. Sam necesita eso. ¿No?

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sorprendido.

—No eres el único que sabe observar, Jace. No es cuánto tiempo te le quedas viendo a alguien, sino qué tanto sabes escucharlo.

—Sí, lo necesita.

—Y tú, no sé, puedes divertirte un poco también.

—¿Cómo sabes que no me gusta leer? —pregunté.

—Intuición. Has leído mucho por obligación, todo cambia cuando lees algo que te deja alguna enseñanza. Algo me dice que serás parte de ese estante.

—Quizá...

—Además, no creo que te aburras de verla leer...

—¿Qué dice? —pregunté.

—No, nada —contestó Noel sarcástico.

—No nos gustamos, solo somos amigos —aclaré.

De pronto Sam se asomó por el balcón que daba al piso de abajo emocionada.

—Kate. ¡Tienes que venir! —gritó mirándome y regresó a ojear el famoso estante.

—Yo nunca dije lo contrario —dijo Noel—. Aunque alguno de esos libros me enseñó que quien contesta a preguntas no hechas, responde por adelantado. Anda, ve con ella.

Lo miré con los ojos en blanco y subí a ver a Sam. Estaba en una mesa al lado del estante junto a la ventana leyendo un libro en el sol.

—Mira, ven —dijo Sam pidiendo que me sentara con ella.

Me acerqué y me senté en la mesa de madera, a su lado.

—«¿El amor puede matar?» —leyó Sam una primera página de un libro que en la portada dictaba *Amor*. El libro era una serie de hojas escritas a mano y empastadas—. Aunque el amor no representa un daño físico como tal, puede dejar terribles e irreversibles secuelas a quienes lo padecen y lo pierden. Es una extraña especie de sensación de vacío la que llega con la partida de nuestro horrible padecimiento; primero empieza con los colores del diario y poco a poco consume los de nuestro interior, no son medibles las consecuencias de nuestro sufrimiento con esta enfermedad, pero sí son reales. Lo tangible no siempre es lo real y viceversa. ¿El amor puede matar? Nuestra conclusión es que...

—Samantha, Jace. Bajen —se escuchó la voz de Noel desde abajo. Sam hizo una mueca.

—Vamos —me dijo Sam sonriéndome. Por un momento no reaccioné—. Anda, Kate —Sam me empujó bromeando. Reaccioné.

Bajamos por las escaleras y Noel nos estaba esperando en el escritorio. Se paró y nos entregó a cada quien un cuaderno y una llave.

—Como dije, esta es su casa, pueden venir cuando quieran, es un santuario, a veces estaré, a veces no, pero siempre podrán venir. A cualquier hora.

—¿Podemos traer gente? A Becca le encantaría esto —preguntó Sam.

—Claro, pero traten de mantenerlo en secreto. No suena muy bien para las autoridades que un tipo de mi edad traiga chicos y chicas de su edad a una propiedad secreta.

Reímos.

—Espero que sea de su agrado.

—Me encanta —suspiró Sam recibiendo su regalo y regresando corriendo a leer.

Noel asintió un segundo y suspiró.

—¿Qué? —pregunté.

—Recuerdo cuando entré aquí, no era el desastre que es ahora y eso que ya no era como en la época de Mark que, según dicen, siempre estaba lleno de chicos con ganas de pensar, de luchar por sueños y solucionar las grandes preguntas de la humanidad. Cuando yo llegué éramos 50, yo tenía quince, dos años menos que tú; era el más joven. Esto parecía una de esas escuelas de magia de los libros, hoy todo se ve tan caído.

—Sam no lo ve así.

Los dos volteamos hacia arriba para, a lo lejos, ver a Sam leyendo feliz a contraluz.

—Cierto —dijo Noel—. Poco a poco se fueron casando, dos fallecieron, otros se fueron del país, otros solo dejaron de venir. Hoy quedamos cinco, y ustedes dos.

—¿Y por qué te quedaste? —pregunté.

—Porque sabía que un día iban a llegar alguien como ustedes. Y necesitarían este lugar.

—¿Nosotros o Sam?

—Sam, tú. Estoy seguro de que llegarán más también.

—¿Y por qué yo?

—Porque eres como Ben.

—¿Ben?

—Sí —suspiró Noel—. Era un amigo mío, él me llevaba tres años, era muy observador, me enseñó ese arte. Me recuerdas a él.

—¿Solo porque me gusta criticar a las personas? —pregunté.

—No, eso es un comienzo y pronto aprenderás que es etiqueta básica no analizar a las personas antes de dirigirles la palabra. Pero todo eso es la base para cuestionar las cosas que realmente importan.

—¿Qué le pasó a Ben?

—Bueno, esa es una de las preguntas que nunca pudimos responder. En fin... —Noel se puso un abrigo que estaba colgado—. Ahí hay baños, no hay comedor, pero puse un microondas por allá y algunos paraguas por si se necesitan.

—¿Ya te vas? —pregunté.

—Sí, tengo que ir a hacer algo importante —contestó Noel.

—¿Algo importante? —pregunté.

—¿Ves? Eres curioso. Sí, si todo sale bien, se enterarán. Bienvenido a la biblioteca, Jace. Te veo en clases.

Noel salió y se dirigió a la cafetería para marcharse.

Yo empalmé la puerta y subí con Sam.

—¿Sigues leyendo?

—¿Qué haces en una biblioteca? Duh —se rio Sam—. Siéntate, Kate.

Me senté al lado de ella y puso su cabeza en mis piernas, acostándose para leer.

—Nuestra conclusión es que el dolor no mata, por el simple motivo de que no tiene la capacidad de detener de manera literal el corazón o llenar los pulmones de fluido, pero sí cambia; en resumen, el amor no mata, pero sí transforma. Una persona no es la misma dos días seguidos, sin embargo, este cambio se ve mejor cuando se ha sufrido de esta condición, no obstante, es una fase. Alguien que ha padecido, primero dejará de tener fe en las personas, poco a poco irá recuperándose y tarde o temprano volverá a ser una versión más o menos igual a quien era, sin embargo, siempre queda la huella de cada amor y de cada error cometido.

—Es muy pretencioso —comenté.

—A mí me parece lindo, de hecho —respondió Sam.

—Bueno, es un poco lindo —asentí.

—Ya, no intentes arreglarlo —dijo Sam. Reímos.

Sam suspiró y se levantó, usándome de apoyo.

—¿Quién lo diría?

—¿Qué? —pregunté.

—Que existiría un lugar así, es casi mágico. ¿No?

Tenía razón respecto a lo que le dije a Noel, para ella era todo lo que él había descrito cuando narró su primera llegada.

—Sí. Supongo que sí —respondí y la abracé.

Ella me abrazó también.

—Además, podríamos usarlo como refugio si hay un...

—¿Apocalipsis zombi? —interrumpí.

—Exactamente —ella rio.

Sam volvió a cerrar el libro y se quitó la gorra. Su cabello corto estaba despeinado y aun así se veía más arreglado que el mío.

—Vas a tener que agarrarle el gusto a leer —dijo Sam.

—De ninguna manera —contesté.

—Entonces vas a tener que pasar la tarde solo viéndome leer, pero puedes acostumbrarte. ¿No?

No lo sabía en ese entonces, sin embargo, no iba a ser tan complicado acostumbrarme..., pero claro que eso ya lo sabes.

—De hecho, no suena tan mal leer, supongo que hay muchas cosas interesantes —bromeé.

—Tonto —contestó riendo—. Vas a tener que escribirme canciones para compensar eso.

